

severasen después en la gracia del Señor.

La imagen de nuestra Señora del Refugio á que hemos hecho referencia, fué coronada, de orden del Santo Padre, por el Cardenal Anibal Albani, el 4 de julio de 1717.

Entre nosotros la devoción á nuestra Señora del Refugio, se extendió principalmente por los hijos de San Ignacio y San Francisco, que la llevaban en sus misiones apostólicas, cual enseña gloriosa de sus triunfos, como iris de paz y de consuelo, y como Madre llena de solicitud y de ternura, que venia con ellos en busca de los hijos extraviados del Padre celestial.

Es nuestro objeto, al publicar este libro, aumentar la devoción de los fieles hacia la Madre de Dios, como Refugio de los pecadores, y lograr por medio de la misma santísima Señora la salvación de las almas.

María, tan llena de bondad y de ternura, como lo está siempre para con nosotros, bendecirá nuestro humilde trabajo, que, juntamente con todo el afecto que le profesamos, ponemos á sus pies virginales.



LA VIRGEN SANTÍSIMA DEL REFUGIO

CAPÍTULO PRIMERO

La Virgen Santísima del Refugio.

I

SABÉIS quién es la Virgen purísima de nuestro amor y cuál es su nombre?

Antes de contestar estas preguntas, oigamos sus palabras más dulces que la miel: Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. Con mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia es más suave que el panal de miel (1).

(1) Eccli., XXVI, 24, 27.

La Niña preciosa en quien están atesoradas las riquezas de bondad y gracia de Dios nuestro Señor, es la Virgen purísima de nuestro amor. La Madre del amor hermoso, en quien está toda esperanza de vida y de virtud, se llama Refugio de los pecadores.

Pensando en nuestra amadísima Señora, la contemplamos llevando en su frente una corona imperial que nos descubre una grandeza y una majestad incomparables; y sin embargo, sus ojos son de paloma, y la sonrisa de sus labios es tan dulce que cautiva nuestro amor.

Lleva en sus brazos la sagrada Virgen, un Niño hermosísimo y amable cual ninguno ha sido, Niño que también nos ve lleno de dulzura, y también nos atrae con su sonrisa de ángel. ¿De ángel, hemos dicho? No, porque El es quien presta á los ángeles todos sus encantos; porque El es su Rey, y en todo los excede sin medida alguna.

El Niño es el encanto, es la gloria y el poder de su santa Madre. Ese Niño descendió de los cielos á fin de remediar nuestras desgracias, disipando las tinieblas del pecado y reconciliándonos con el Padre celestial. El Niño pasó por el mundo haciendo el bien: iluminó á los ciegos, volvió la salud á los enfermos, resucitó á los muertos y concedió el perdón á los pecadores. ¡Quién podrá decirnos cuantas veces salieron de sus purísimos labios, estas palabras tan llenas de vida, de paz y de consuelo: ¡Te son perdonados todos tus pecados! Porque hay muchas cosas que hizo Jesús que no están escritas en el Evangelio; mas lo que en

él está escrito está consignado para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, alcancemos en su nombre la vida eterna (1).

Hay entre el Hijo y la Madre la más hermosa y encantadora semejanza; y cual si tuviesen un solo corazón, así están animados de los mismos sentimientos. A la Madre todo le viene de su Hijo, que con admirable largueza se digna comunicarle todos sus tesoros de bondad y gracia. Esa semejanza hizo exclamar á San Agustín: *Si formam Dei te appellem, digna existis* (2); y Bossuet llamó á la Madre divina, Jesucristo comenzado. Siendo esto así, podremos descubrir quién es la Virgen de nuestro amor, buscando en las criaturas la que sea más parecida al Hijo de Dios que se hizo hombre por nosotros; y en esto, ninguna podrá compararse con la inocente y sacrosanta Niña que le llevó en su seno. Ella es, pues, la Virgen de nuestro amor.

Sólo la Virgen santísima puede gloriarse de ser tan parecida al divino Jesús, con una semejanza que le es enteramente propia; semejanza, sin embargo, que deja subsistir la distancia infinita que media entre el Creador y la criatura, pero que la acerca hasta los confines de la divinidad. Es todavía más enérgica la expresión del Angélico Maestro: *Usque ad confines divinitatis attingit*.

Puede decirnos el Hijo de Dios, y en efecto lo

(1) Joann., XX, 30, 31.

(2) Apud Ligor. Glorias. Exclamaciones.

dijo: No he venido á buscar á los justos, sino á los pecadores á penitencia (1); María, á su vez, ha venido para ser el Refugio de los pecadores.—Jesucristo los redimió con su sangre; y María los adoptó por hijos en la cumbre del Calvario.—Nadie nos ha amado como el Hijo de Dios que murió por nosotros; después de este amor, el que María nos tiene es el más generoso y ardiente de todos los amores. Por nuestra parte, el amor que tenemos á Jesús es el primero en nuestro corazón; mas, después de este amor, vive en nosotros el de su Madre divina.

¿Cuál es el nombre de la preciosa y agraciada Niña que amamos con todo nuestro afecto? El nombre de esa Niña, de esa Virgen, la más pura de todas las vírgenes, es María, al cual aplicaba San Antonio de Padua, lo que San Bernardo había dicho del santísimo nombre de Jesús, que, al pronunciarlo, percibían nuestros oídos la armonía de los cielos; y derramaba en los labios la dulzura, y en el corazón la vida, la esperanza y el consuelo; porque es el nombre de una Madre llena de bondad, en quien puso Dios nuestro Señor la fuente de su gran misericordia; y por eso, todo en esa Madre es piedad y gracia, clemencia y compasión para nosotros, que somos miserables pecadores, que, llenos de confianza, corremos hacia Ella, y pedimos su auxilio sacrosanto; porque es nuestro Refugio: Refugio de los pecadores, tened piedad de nosotros.

(1) Luc., V, 32.

Unido el ministerio de María al del gran Mediador, nuestro Señor Jesucristo, de quien le vienen su virtud y gracia, se extiende sobre todo el mundo; disipa las tinieblas, trae consigo las riquezas de la gracia, ofrece á los hombres el perdón, y los llama cual tierna y cariñosa Madre. Puesta en pie en las más altas y elevadas cimas, en medio de las carreteras, en las encrucijadas de los caminos, junto á las puertas de la ciudad y á la misma entrada de ésta, da voces diciendo: Oh varones, á vosotros estoy continuamente clamando; oh hijos de los hombres, á vosotros dirijo mis palabras. Aprended la prudencia y estadme atentos... Recibid mis instrucciones con mayor gusto que si recibieseis dinero: antepone al oro la ciencia... El temor del Señor aborrece el mal: Yo detesto la arrogancia y la soberbia, todo proceder torcido y toda lengua dolosa.

Esta Madre amorosísima dirige sus palabras á los ignorantes, á los miserables, á los pecadores, y dice así: Quien sea párvulo venga á mí; y á los faltos de juicio: Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado. Dejad las niñerías, y vivid y caminad por las sendas de la prudencia (1).

La solicitud y los cuidados de María, nos revelan su misericordia para con los pecadores; misericordia que por todas partes va buscando miserables, que si, llenos de temor, quieren escapar á las terribles venganzas del Eterno, tendrán que acudir

(1) Prov., VIII-IX.

al Refugio de los pecadores, que sabrá calmar las iras del Señor, que cambiará sus iras en misericordias, y en lugar del castigo derramará la gracia.

Al pensar en las iras de Dios, y teniendo en cuenta nuestras grandes culpas, llenos de temores nos volvemos á El y le decimos: ¡Oh Señor, quién me diera que me guarecieses y me escondieses en el sepulcro hasta que pase tu furor, y me señalases el tiempo en que te has de acordar de mí (1)!

Otras veces, pretende el temor alejarnos del que es nuestro Juez soberano; mas ¿á dónde podremos huir á fin de obtener lo que deseamos? Si subimos al cielo, allí está el Señor, y si bajamos al abismo, allí lo encontramos. Si al rayar el alba tomamos las alas de las águilas para llegar al extremo del mar, allá nos habrá de conducir la mano del Eterno, y estaremos bajo el poder de su diestra. Las tinieblas no podrán ocultarnos á sus ojos; para El no son oscuras, y la noche es clara como el día (2).

En medio de tantas tristezas y desolaciones, oigamos una voz de consuelo: El Señor dió á los que le temen una señal para que huyesen de los tiros de su arco; á fin de librar á sus queridos hijos (3)... Habló Dios en su Santuario, y yo tendré motivo de regocijarme.—El me tuvo escondido en su tabernáculo: en los días aciagos me puso á cubierto en lo más recóndito de su pabellón (4).

(1) Job, XIV, 13.

(2) Ps. CXXXVIII, 7-12.

(3) Id. LIX, 6, 8.

(4) Id. XXVI, 5.

—Criará el Señor, por todos los lugares del monte de Sión, y donde quiera que es invocado, una nube durante el día, y un resplandor hermoso y brillante durante la noche; y protegerá por todas partes el lugar de su gloria; lo pondrá á cubierto de la violencia de sus enemigos. Su tabernáculo servirá de sombra contra el calor del día, y de seguridad y asilo contra las tempestades y las lluvias (1).

De todo esto necesitan en verdad los pecadores para que su esperanza no vacile á la vista de sus culpas, y para buscar, donde quiera que se halle, el remedio de sus males; mas ¿dónde están la señal de salud, el Santuario de Dios, su santo tabernáculo, la bienhechora nube, el asilo en que podamos defendernos de las iras del Señor? Casi sin pensarlo volvemos los ojos á María, á quien llamamos Refugio de los pecadores; y corremos hacia Ella para defendernos.

Si la sangre se hiela en nuestras venas al recordar estas palabras: ¿Quién os ha enseñado á huir de la ira de Dios que os amenaza (2); traemos luego á la memoria, á fin de reanimarnos, lo que dijo el Señor á su querida Esposa: Apacienta tus cabritillos junto á las cabañas de los pastores (3). María, constituida por Dios mismo en Pastora de nuestras almas, tendrá que apacentarnos, y defendernos de todo peligro, y cubrirnos con su protección amorosísima; y si ve que huimos llenos

(1) Is., IV, 5, 6.

(2) Luc., III, 7.

(3) Cant., I, 7.

de espanto y de fatiga, por temor de las divinas iras, dirigiéndose á nuestros ángeles custodios, les dirá: Salid al encuentro de los que tienen sed, y dadles agua; venid al encuentro de los que huyen, y traedles pan. Huyen de la espada que les amenazaba, del arco preparado para arrojar contra ellos sus saetas; huyen de una sangrienta batalla (1).

Es el asilo, es el Refugio de los pecadores, según acabamos de ver; mas ¿también lo será de los que se han manchado con los más horrendos crímenes, y que los han multiplicado como los caballos de su cabeza, y que innumerables ocasiones han resistido los amorosos llamamientos del Señor? La misericordia de María es el reflejo de la de su Hijo santísimo, que bajó de los cielos para buscar y salvar á los que habían perecido; que no quiere que ningún hombre se condene, y que dijo estas palabras llenas de consuelo: No arrojaré al que viniere á mí (2). A su vez la Virgen Santísima quiere que todos los hombres se salven; camina en su seguimiento cuando se extravían, y no despide sin consuelo, á los que arrepentidos se arrojan á sus pies en busca de remedio.

Si la divina justicia quiere castigar á los culpables, María se presenta delante del Señor rogando por ellos. ¡Ah, y cuán ingeniosa es su tierna caridad para alcanzarles el perdón! La Virgen Santísima se presenta delante del Señor, penetrada de un vivo interés por nosotros, y le dice, como la

(1) Is., XXI, 14, 15.

(2) Joann., VI, 37.

mujer de que se nos habla en el libro segundo de los Reyes (1): Señor, tu sierva tenía dos hijos, y el uno dió muerte al otro; no permitas que también perezca el que me queda con vida. Con el pecado hemos dado muerte á nuestro hermano primogénito, cuya sangre no pide justicia, sino misericordia. Al rogar por nosotros la Madre de Jesús, ¿dejará de alcanzar lo que pide? ¿No la oirá con agrado ese Padre dulcísimo y clemente que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva?—David descendió con la sagaz mujer que le rogaba en favor de Absalón; y Dios nuestro Señor ¿desecharía las plegarias que María le dirige por nosotros?

La Madre piadosa que es nuestro Refugio, siempre habrá de recibirnos con agrado; y de Ella se nos dice que se deja ver fácilmente de los que la aman, y hallar de los que la buscan. Aún más: que se anticipa á los que la codician, y Ella misma se les pone delante.—Si madrugamos para encontrarla, no nos fatigaremos, pues estará sentada á la puerta de nuestra casa... Va buscando por todas partes á los que son dignos de poseerla; y en los caminos se les presenta con agrado, y en todas ocasiones, y en todos los negocios de la vida, la tienen á su lado (2).

Tal es nuestro Refugio; tal es la Madre que, para salud de nuestras almas, se ha dignado darnos el Señor.

(1) XIV.

(2) Sap., VI, 13-17.

II.

El Refugio de los pecadores es un signo de reconciliación entre Dios y los hombres; un santuario donde Dios escucha nuestros ruegos; templo divinísimo, según la bella expresión de la Bula *Ineffabilis*, donde se nos conceden las divinas misericordias; un asilo inviolable adonde no alcanzan para perdersnos, las asechanzas de nuestros enemigos. Es María una nube bienhechora, cuya sombra nos defiende de los ardores del sol; nube fecundísima que derrama sobre nosotros el rocío de la divina gracia.

Es María una señal de reconciliación entre Dios y los hombres. Bendiciendo Dios á Noé y á sus hijos, les habló de esta manera: Esta es la señal de la alianza que establezco entre Mí y la tierra: Pondré mi arco en las nubes, y me acordaré de mi alianza con vosotros (1).—Jesucristo es quien reconcilió nuestras almas con el Padre celestial; mas el Hijo de Dios se nos ha dado por medio de María, por quien tenemos que reconocerlo: es su señal, Ella nos le muestra; y si quisiésemos quitarla del misterio de la Encarnación, ¿cómo sabríamos que el Hijo de Dios había tomado la naturaleza humana, ya que no teníamos por Madre de ese mismo Dios, á la feliz criatura que le dió su sangre, y le llevó en su seno, y le alimentó con su leche virginal?

(1) Gen., IX.

Mas Ella es la Madre verdadera del Hijo de Dios, y nos da testimonio del misterio de la santa Encarnación. Es, por tanto, signo elocuentísimo de aquel misterio de piedad, y lazo precioso entre el Hijo de Dios y nosotros; en una palabra, signo de la alianza eterna entre Jesús y los hombres; alianza que jamás tendrá que romperse; porque Jesucristo, el mismo que ayer es hoy, y lo será eternamente (1); siempre será nuestro hermano, é hijo de María; y al verle en sus brazos, estaremos seguros de alcanzar misericordia, si María ruega por nosotros; y es nuestra Madre, y es el Refugio de los pecadores: ¿dejará de hacerlo?

El Refugio de que hablamos, es también el templo divinísimo de la gloria del Eterno: en él moró el Señor; en él se realizó la unión hipostática entre la naturaleza divina y la humana; en él tomó nuestra carne el Hijo de Dios, y manifestó á los hombres su caridad infinita, y las humillaciones que El mismo se imponía por nosotros.

Todo en ese templo es santo, admirable y sagrado. Allí reinan la misericordia y la bondad, y Dios ostenta las riquezas de su divina gracia para con los pecadores.

En otro tiempo Salomón dirigió á Dios nuestro Señor estas palabras: Si los cielos, oh Señor, los altísimos cielos no pueden abarcarte, ¿cuánto menos esta casa que yo he fabricado? Como quiera que sea, oh Señor Dios mío, atiende á la oración de tu siervo y á sus súplicas: escucha los himnos

(1) Heb., XIII, 8.

y las plegarias que el día de hoy pronuncia tu siervo en tu presencia; para que tus ojos estén abiertos noche y día sobre esta casa, de la que dijiste: Allí estará mi nombre; para que oigas la oración que te ofrezco en este lugar y escuches mis súplicas, y las que el pueblo de Israel habrá de dirigirte en este lugar donde está tu trono celestial, y escuchándolas le seas propicio (1).—No tratamos ahora del antiguo templo de Salomón, sino del purísimo Santuario donde Dios se hizo hombre, del seno de María á quien fué dicho: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (2).

Si en el antiguo templo de Salomón, Dios escuchaba las oraciones de los judíos, y les concedía la abundancia de sus bendiciones, ¿dejará de oír á su nuevo pueblo, cuando éste le ofrece, no ya la sangre de los animales, sino los méritos de su Hijo Unigénito, que se hizo nuestro hermano en el seno de María? ¿Cuándo oramos en ese santuario del Dios vivo, en ese tabernáculo sagrado donde siempre brilla la gloria del Eterno, en ese asilo, en ese Refugio, que Dios mismo nos ha dado para librarnos de todo peligro y alcanzar los bienes celestiales?

Apareció el Señor á Salomón por segunda vez, y le dijo: He oído tu oración y la súplica que me has hecho: he santificado esta casa que me has

(1) III Reg., VIII, 27-30.

(2) Luc., I, 35.

edificado, á fin de que mi Nombre permanezca en ella para siempre; y en todo tiempo fijos estarán sobre este lugar, mis ojos y mi corazón (1). Todo esto se realiza más cumplida y gloriosamente en el nuevo santuario del Eterno, en el Corazón immaculado de María, donde Dios levantó el trono de su gloria, y donde siempre le hallaremos lleno de bondad y de clemencia. ¿Por qué no volar á ese santuario; por qué no vivir eternamente á la sombra de sus muros? Allí entonaríamos, llenos de inmenso regocijo, estas palabras de David: ¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos....! Dichosos son los que moran en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos.... Más vale un solo día en los atrios de tu templo, que millares fuera de ellos.... Dios ama la misericordia y la verdad: dará la gracia y la gloria (2).—Corramos, pues, voremos á ese santuario de misericordia y gracia, á esa casa del Señor, de la cual decía Isaías que tenía sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y que se elevaba sobre todos los collados. A esa casa acudirían todas las naciones, y muchos pueblos vendrían diciendo: Subamos al monte del Señor y á la Casa del Dios de Jacob, y él nos mostrará sus caminos, y andaremos por sus sendas; porque de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (3).

¿Cómo entremos en el santuario de Dios; y

(1) III Reg., VIII, 27-30, IX, 3.

(2) Ps. LXXXIII.

(3) II, 2, 3.

qué tendremos que hacer á fin de conseguir la protección de la Virgen Santísima, á quien llamamos Amparo y Refugio de los pecadores?—Pensando en Ella, pidiéndole su auxilio, y amándola con todo el corazón. El pensamiento, el ruego y el afecto de un hijo que tiene sus delicias en su dulce madre, no son carga que le oprima, ni ocupación que le moleste, sino alegres y floridas sendas de paz y bienandanza, que lo encaminan á su eterna dicha.

Es tan hermosa, tan amable y perfecta la celestial criatura en quien pensamos.... Dios puso en Ella la plenitud de sus gracias, el esplendor de toda santidad y el encanto de todos sus amores.... Y nos ponemos muy despacio á recordar la predestinación singularísima de nuestra muy amada Niña, y los altísimos destinos que Dios le señalaba desde su misma eternidad; y exclamamos llenos de ternura: ¡Oh cuánto la amó Dios nuestro Señor; y cómo se dignó preferirla á todas sus criaturas!

Y se nos presentan en seguida su Concepción inmaculada, y los dolores que sufrió por nosotros en la cumbre del Calvario; porque en este templo del Señor de que hablamos, no sólo resonaron las alegrías del cielo de los misterios de gozo del Señor, sino también los tristes acentos de su pasión santísima y de los dolores de María.

En su Concepción inmaculada, María se nos presenta purísima y sin mancha; no son para Ella las tinieblas, ni la debilidad, ni la miseria, sino el esplendor de la gracia y el hermosísimo ropaje de todas las virtudes. Se eleva como una columna

de humo, que difunde celestial fragancia; se apoya en el amado de su corazón; pisa la luna con su pie virginal; las estrellas adornan su frente, y el sol la envuelve en un manto de luz. Dios, en fin, le dice estas palabras: Toda eres hermosa, amiga mía, y en Ti no hay ninguna mancha.

¿Tendremos ojos para contemplar una belleza tan pura, tan amable y perfecta? Y ¿podrá resistir el corazón, el fuego del amor que lo abraza y lo consume?

Olvidados de nosotros mismos, bendicimos al Señor que quiso realizar las grandes maravillas en la que había de ser su santa Madre.

Al hallarnos en el purísimo Santuario que Dios ha consagrado con su divina presencia, nos acordamos de la dignidad infinita de María, y gozamos de una dicha que no cabe en nuestras almas. Es nuestra Madre, y la amamos con todo el corazón. Es nuestra Madre, y Dios la ha exaltado sobre toda grandeza, fuera de la grandeza del Eterno; y por ser Madre de su mismo Dios, es la Reina del cielo y de la tierra.

Todo en María es admirable y grandioso, sublime y perfecto. ¿Qué somos nosotros comparados con Ella? Por esto nos humillamos en su presencia y nos rendimos á sus pies virginales, y los abrazamos con inmenso amor, y los cubrimos de ternísimas caricias. Cantamos la magnificencia de su gloria, y bendicimos á nuestro Dios querido que la escogió por Madre.

Otra vez decimos: es nuestra Madre; y ponemos en sus manos nuestra suerte; todo lo espera-

mos de su gran misericordia, y jamás quedaremos confundidos; porque es el Refugio universal que Dios mismo nos ha dado para remedio de todos nuestros males, segurísima defensa en todas las tempestades de la vida, y tesoro inagotable de bondad y gracia con que el Señor ha querido enriquecernos.

Al pensar en los misterios de nuestra tierna y amorosa Madre, no hemos de olvidar los que corresponden á sus santísimos dolores.

María padeciendo con Jesús, padeciendo por nosotros. El más santo é inviolable de todos los amores unía el corazón del Hijo y de la Madre. Tenían entrambos los mismos intereses, los mismos sentimientos; sus gozos y dolores también eran los mismos.

Si el Hijo no hubiese sido quien es; si alguna madre hubiera podido amar á sus hijos con más ardiente cariño que aquel que la Madre de Jesús tenía á su Hijo, tal vez pudiéramos medir la profundidad y la extensión de los dolores de nuestra Señora, que se nos presentan grandes y amargos como el mar. Mas el Hijo de Dios merece un amor infinito; y este amor está pidiendo que al participar de sus padecimientos y amarguras, sea sin medida nuestro dolor; porque éste nos sumerge en un piélago insondable de indecibles penas y tristezas; y por más que descendamos al considerarlas, siempre hallaremos nuevas profundidades, cuyo fondo jamás llegaremos á tocar. Veámoslo si no en la misma Reina de los mártires, en la Madre afligidísima que recogió en su seno todos

los dolores.—María contempla la adorable grandeza de Jesús, piensa en su amor infinito á los hombres, y le ve padecer las más terribles angustias, clavado en un madero donde muere por la salud del mundo.

Después de los padecimientos y dolores de Jesús, los de su santa Madre ¿no serán los más terribles y profundos que podemos concebir?—Al pensar en ellos, el llanto humedece nuestros ojos; y volviéndonos á Ella tenemos que decirle á nuestra tierna Madre: ¡Oh cuánto nos amasteis en el calvario, cuánto te debemos, cuánto padecisteis por nosotros! En virtud del amor que nos tiene, la que es nuestro amadísimo Refugio, nuestra dulce Madre, ofrece por nosotros sus padecimientos y dolores, siempre agradables al Señor, y por los cuales se digna concedernos la abundancia de sus divinas misericordias.

Tales son los pensamientos en que debemos ocuparnos cuando entremos en este santuario de Dios, la purísima virgen María; cuando busquemos en él el socorro de la divina gracia; y al ocultarnos en este tabernáculo sagrado, donde siempre estaremos á cubierto de todos los males y desgracias que fuera de él jamás llegaríamos á evitar.

¿Qué tendremos que hacer,—hemos preguntado,—para conseguir la protección de la Virgen Santísima, á quien llamamos nuestro Amparo, y el Refugio de los pecadores? Y hemos contestado: pensar en Ella, pedirle su auxilio y amarla con todo el corazón.—En lo primero acabamos de ocuparnos; tratemos ahora brevemente de lo demás.

La eficacia de los ruegos de María, el amor que nos tiene, y nuestras grandes miserias, nos están diciendo; Implorad el auxilio de la divina Madre, que todo lo alcanza del Señor; tened presente que Ella os ama con un amor generosísimo y que nunca llegará á olvidaros; atended, en fin, que Dios no remediará vuestras desgracias, sino por medio de María. Clamad á Ella, y la que es amoroso Refugio de los pecadores tendrá compasión de vosotros. Después de Dios, poned en María vuestra confianza, y no quedaréis confundidos.

Nuestro amor á la Madre de Dios nos alcanza en eficacia y santa protección. Si le decimos con filial y delicado afecto: Vos sois el amor de nuestras almas; ¿sus purísimos labios dejarán de abrirse para contestarnos? Nos dará la siguiente respuesta: Yo amo á los que me aman... En mi mano están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia. Mis frutos valen más que el oro y que las piedras preciosas; y mis producciones más que la plata acendrada. Yo camino por las sendas de la justicia, á fin de enriquecer á los que me aman, y de henchir sus tesoros (1).

Así paga nuestra buena Madre el amor que le tenemos, enriqueciendo nuestras almas con todos los tesoros que ha puesto en sus manos el Señor. Abre sus labios la incomparable y celestial María, y nos dice llena de ternura: Yo amo á los que me aman.—¿No pondremos á sus pies el corazón? Que reine para siempre su amor en nuestras almas; y,

(1) Prov., VIII, 17-21.

después de Jesucristo, sea nuestro encanto su divina Madre. Ella así lo quiere, así lo quiere Jesús. Lo trae en sus brazos, y nos dice: Tomadle en los vuestros, y amadle como yo le amo; y el Niño hará gustoso lo que su Madre le pide.

De muchos santos sabemos que han recibido al Niño Jesús de manos de su santa Madre, quien bien quisiera entregarlo á cada uno de sus hijos; mas ¡ay dolor! no tenemos la pureza de los santos, ni amamos como ellos al Hijo y á la Madre; no son para nosotros esas gracias; y al vernos tan indignos del amor de Jesús y de María, pedimos solamente, misericordia y perdón de nuestras culpas: que María nos reconcilie con su Hijo, que le ruegue sin descanso por nosotros; y en toda nuestra vida, y en la muerte, sea, la dulcísima Señora, nuestro amparo y seguro Refugio en nuestras penas.

¡Oh Madre dulcísima y llena de clemencia! Vos nunca os olvidáis de vuestros hijos, y vuestro Corazón no sabe sino amar. El Señor os ha colmado de sus gracias y ha puesto en vuestras manos todos sus tesoros. Sois generosísima; y la bondad y la ternura rebosan sin cesar de vuestro seno; tened, pues, compasión de los hijos que ponen en Vos su confianza, que piden vuestro auxilio, que corren hacia Vos en busca de defensa; cubridlos, dulcísima Señora, con vuestro grande y celestial amparo.

¡Refugio de los Pecadores, rogad por vosotros!



CAPÍTULO II

La omnipotencia de Dios y la misericordia de María.

I

EL Criador y la criatura. Hay entre el uno y la otra las más sagradas y estrechas relaciones; y, sin embargo, están á una inmensa distancia: el Criador es el Sér de los seres; tiene la vida por Sí mismo; es el Sér necesario; es omnipotente. Nada de esto se halla en la criatura: no es ella el Sér de los seres, ni tiene la vida por sí misma; es contingente, y nada puede sin Dios. Detengámonos en lo último. Dios es el que obra en nosotros, no sólo el querer, sino el ejecutar. Antes de San Pablo, de quien son estas palabras, había dicho Isaías lo mismo: Oh Señor, todas nuestras obras tú las has hecho en nosotros (1). Dios es la causa primera, y El es quien nos da la vida y el movimiento.—La bondad divina, dice el Angel de las escuelas, es no solamente el fin del

(1) Philip., 11, 13.—XXVI, 12.

ser de todas las cosas, sino de todas sus operaciones y movimientos. La criatura posee en su forma alguna semejanza con la bondad divina, y por esto todas sus acciones y movimientos se ordenan á la misma bondad como á su fin, y propenden (*videtur*) á alguna cosa perfecta, que por lo mismo tiene la cualidad de buena; porque la perfección del sér es su bondad; y por esto todo movimiento y acción tiende al bien, y es como una imagen del Bien Sumo, como todo sér lo es del primer sér. De esta manera el movimiento y la acción tienden á asimilarse á la bondad divina. Además Dios es el primer motor y agente, y su fin no es otro que su bondad, que es el fin de las criaturas, no para causarla y producirla, sino para adquirírsela ó apropiársela (1).

Pensemos ahora en el poder divino en sí mismo, y oigamos á nuestro querido Maestro:

En Dios nuestro Señor no hay potencia pasiva, porque ésta es imperfecta, y Dios es acto puro, absoluta y universalmente perfecto. Existe en acto y es perfecto; y por tanto es principio activo, mas no pasivo; porque la razón de principio activo conviene á la potencia activa que es el principio de obrar sobre otro. La potencia pasiva recibe ó sufre la acción ajena; y por tanto no conviene á Dios.

La potencia de Dios es infinita, porque existe en El en cuanto El es acto. Su sér es infinito, y no está limitado por cosa alguna que lo contenga; por

(1) Comp. Theol., cap. CIII.

lo cual su potencia es infinita; porque los agentes obran con tanto más poder, cuanto es más perfecta la forma por la cual obran; mas Dios obra por su esencia, que es infinita; y así lo es su potencia.

Por lo demás, Dios no es agente unívoco, porque nada hay que sea de su misma especie ó género; y por esto sus efectos son siempre inferiores á su poder, que en ningún caso podría ser vano; porque es vano lo que se ordena á un fin que no se obtiene; y el poder de Dios no se ordena al efecto como á su fin, sino que el fin de éste es el poder de Dios.

Dios todo lo puede; mas no puede hacer lo que implica contradicción. La palabra potencia se refiere á lo posible; y por lo mismo, nada más racional que entender que si llamamos á Dios omnipotente, su omnipotencia no se refiere sino á las cosas posibles.

Lo posible y lo imposible en absoluto se juzgan por la relación entre los términos: existe lo primero cuando no hay repugnancia entre el predicado y el sujeto; y lo segundo en el caso contrario.

Lo posible absoluto no se considera por relación á las causas inferiores ó superiores, sino en sí mismo. Lo posible relativo tiene en consideración su causa próxima. Crear, justificar, y lo que sólo á Dios corresponde, se llama posible según la causa superior; lo que pueden hacer por su naturaleza las causas inferiores, se llama posible con relación á éstas.

Dios puede hacer otras cosas más grandes y más numerosas que las que hace; porque no obra

por necesidad, sino por voluntad. Esta voluntad no está determinada por su naturaleza, ni por la necesidad de crear; y por esto el mundo actual no prueba que Dios no pueda producir otro.—El Señor que es poderoso, dice el Apóstol, puede hacer infinitamente más de lo que pedimos, ó de todo cuanto pensamos, según el poder que hay en nosotros (1).

Respecto de la creación de cosas más excelentes de las que existen, la bondad de Dios puede considerarse bajo dos aspectos: 1.º en cuanto á la esencia del ser de las cosas: en este sentido Dios no puede mejorarlas, pero sí crear otras mejores. Consta lo primero, porque dejarían de ser lo que son; como sucedería si al bruto se le añadiese la racionalidad; dejaría de ser lo que es, y pasaría á la especie de hombre. Un número no puede hacerse mayor, porque ya sería otro número.

2.º En cuanto á la bondad extrínseca del sér, Dios puede hacer las cosas que ha criado, mejores que lo que son. Y aun, hablando absolutamente, puede hacer otras mejores que cada una de las que ha hecho.

Al llegar aquí, preguntamos: ¿cómo puede ser esto, cuando se sabe que Jesucristo, en cuanto hombre, está lleno de gracia y de verdad, y ha recibido al Espíritu Santo sin medida? Sabemos asimismo que la bienaventuranza, aun la criada, es el sumo bien; y por último, que la Santísima Virgen ha sido ensalzada sobre todos los coros de los án-

(1) Ephes., III, 20.

geles. En cualquiera de estas cosas, ¿será posible algo mejor?—La humanidad de nuestro Señor Jesucristo, por estar unida á Dios, y la beatitud criada, porque es la fruición de Dios, y la Santísima Virgen María, porque es Madre de Dios, tienen cierta dignidad infinita del bien sumo que es Dios; y en este concepto no hay criatura alguna que pueda ser mejor que ellas, como nada puede ser mejor que Dios (1).

Hablando el Dr. Sutil de la potencia de Dios, dice que se halla en el Primer Principio la potencia activa por la cual se hace todo lo que existe y que no puede ser por sí mismo, como todo lo posible, que en cuanto tal es lo mismo que causable, porque todo lo que puede ser causado pide para serlo una causa; y ésta no puede contenerse en aquella universalidad, pues sería su propia causa. Por esto, quien da el ser á la universalidad de las criaturas, está fuera de la misma universalidad. De esta manera vemos que aquella causa es primera, y como tal, efectiva de todo lo causable. De aquí resulta que en el Primer Principio hay una potencia activa, y efectiva de todo lo criado. Además, cada uno obra en cuanto es acto perfecto; y la substancia primera es acto puro y perfectísima substancia; por esto le corresponde el obrar.

La fuerza activa sigue al ser de quien tiene la correspondiente medida; mas el Primer Principio es el Sér infinito; y por tanto su potencia activa relacionada con ese mismo sér, es también infini-

(1) P. I, Q. XXV.

ta.—Añadamos que el poder de Dios no puede ser finito, porque lo finito se limita por la forma ó por la materia; mas lo que se limita por la forma es imperfecto, pues la forma lo perfecciona. También es imperfecto lo que se limita por la materia, pues carece de una mayor extensión. El Primer Principio es infinitamente perfecto, y es el Sér universalísimo; y por esto le repugna cualquier límite y excluye todo término; tiene, por tanto, un poder infinito (1).

Hablando Dios de su poder divino, dirigiéndose á Job, se expresaba en estos términos: ¿En dónde estabas cuando Yo ponía los fundamentos de la tierra? Dímelo, si tienes inteligencia. ¿Sabes quién tiró sus medidas, ó quién extendió sobre ella la primera cuerda? Di ¿qué apoyo tienen sus bases, ó quién asentó su piedra angular? ¿En dónde estabas cuando los nacientes astros y las brillantes estrellas me alababan de consuno; y todos los hijos de Dios prorrumpían en cánticos de amor sagrado? ¿Quién puso diques al mar para contenerle cuando rebosaba; cuando salía de mis manos como de seno maternal; cuando le cubría de nubes como de un vestido, y le envolvía en tinieblas como á un niño entre pañales? Lo encerré dentro de los límites que le hube señalado; y le puse cerrojos y compuertas; y le dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante: aquí quebrantarás tus hinchadas olas.—Desde que estás en el mundo, ¿has mandado á la estrella de la mañana, para

(1) Summa Scoti, P. I, Q. XXV.

que anuncie el día, y has señalado á la aurora el punto por donde debe salir? ¿has cogido entre tus manos los polos de la tierra, y la has sacudido para arrojar de su superficie á los impíos? ¿has entrado en el fondo del mar, y te has paseado en lo más profundo del abismo...? ¿Quién ha dado curso á las lluvias impetuosas, y ha señalado su camino al estruendoso rayo...? ¿Podrás atar las brillantes estrellas de las Pléyades, ó desviar el giro del Orión? ¿Eres tú el que haces aparecer á su tiempo el lucero de la mañana sobre los hijos de los hombres, ó quien le haces brillar en la tarde?... ¿Alzarás tu voz hasta las nubes para que derramen sobre ti sus impetuosas aguas? ¿Mandarás á los rayos y éstos partirán al instante, y te dirán al volver: Aquí estamos (1)?

Job contestó al Señor, diciendo: ¿Qué puedo responder? Pondré la mano sobre mi boca (2). A su imitación, nosotros guardamos un profundo silencio al pensar en la omnipotencia del Eterno, y le adoramos con el más humilde rendimiento del alma. El solo es el grande, el único Dios verdadero, que todo lo puede, y á cuya virtud omnipotente nadie resiste. Nos tiene rendidos á sus pies, y le bendecimos y adoramos, y ponemos en sus manos nuestra suerte, y decimos con el Real Profeta: Yo me ocuparé en considerar el poder del Señor, y me acordaré de su justicia... No me abandones, oh Dios, sosténme hasta que anuncie la

(1) XXXVIII.

(2) *Id.*, XXXIX, 34.

fuerza de tu gracia á las generaciones venideras, y haga conocer tu poder y tu justicia hasta lo más alto de los cielos, por las grandes cosas que has hecho en mi favor. Oh Dios, ¿quién hay semejante á Ti? ¡Cuántas y cuán acerbas tribulaciones me has hecho probar al retirarte de mí por mis culpas! y al volverte hacia mí, me has hecho revivir, y nuevamente me has sacado de los abismos de la tierra, y has dado á conocer de mil maneras la magnificencia de tu gloria y me has llenado de consuelo. Yo cantaré tus alabanzas, y rebosarán de júbilo mis labios, y mi alma que tú redimiste. Emplearé mi lengua día y noche en alabar tu justicia y tu poder y tu bondad (1).

El poder de Dios es infinito; su potencia es activa; puede hacer lo que no ha hecho; puede hacer cosas mejores que las que han salido de sus divinas manos; y su omnipotencia es un acto puro, altísima y sagrada perfección que nos rinde á sus pies, por ser quien es; porque inclina á nosotros su corazón de Padre, y emplea su omnipotencia en nuestro bien. La gratitud abre nuestros labios, y ensalza su magnificencia y su poder divinos, con este sublime y armonioso cántico: Cantemos al Señor por la magnificencia de su gloria. Mi fortaleza y alabanza es el Señor; en El está mi salud: es mi Dios, y glorificaré su poder; es el Dios de mi padre y ensalzaré su nombre. Es el Señor cual invencible guerrero, y su nombre es: el omnipo-

(1) Ps. LXX, 15, et seq.

tente; reinará para siempre jamás: *In aeternum et ultra* (1).

Dios ensalza la gloria de su omnipotencia en hacernos bien, y por esto enriquece con tanta abundancia á sus criaturas, con sus preciosos dones; mas á cada uno de nosotros se da la gracia según la medida de la donación de Jesucristo. Por esto dice la Escritura: Al subir á lo alto, llevó cautiva la cautividad: comunicó sus dones á los hombres..... A unos los hizo apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, á otros pastores y doctores, para que se ocupasen en la consumación de los santos, en la edificación del cuerpo de Jesucristo (2).

La excelencia de los divinos dones con que Dios enriquece á sus criaturas, viene de su amor para con ellas, y se relaciona con el misterio de Jesucristo, su encarnación y la salud eterna de los hombres. Entre todas las criaturas, es la primera en el amor de Dios, la Inmaculada Virgen María; y nadie como esta santísima Señora tiene con Dios, en la obra de la Redención humana, tan estrechas y sagradas relaciones. Por esto brillan en María las maravillas del poder divino, con una grandeza incomparable, y una hermosura encantadora.

El Padre celestial la eligió desde la eternidad para Madre de su Hijo, que se haría hombre á fin de redimirnos del pecado.

(1) Exod., XV.

(2) Ephes., IV, 7-12.

Si el Hijo de Dios inclinaba hasta la forma de siervo su grandeza infinita; sin embargo, sería Dios con nosotros.

El Espíritu divino, al descender hasta el seno de la Virgen sin pecado, formaría de la sangre preciosa de esta Niña el cuerpo de Jesús. Ahora bien: ni el Padre tenía en su seno un tesoro más precioso que su Verbo divino; ni este Verbo podía unirse más estrechamente á una criatura, salva la unión personal, que lo que un hijo se une con su madre; ni la operación del Espíritu Santo podía tener más sublime y adorable término, que el que tuvo en la obra más perfecta de su amor sagrado.

Con razón, pues, nos ha dicho el gran Tomás que, por ser María Madre de Dios, tiene cierta dignidad infinita del bien infinito que es Dios; y en este sentido, nada puede haber mejor que Ella, como nada puede haber mejor que Dios.—La incomparable grandeza de nuestra muy amada Niña, y su estrechísima unión con Dios nuestro Señor, al descubrir las maravillas de la divina omnipotencia, inunda nuestras almas en delicias del cielo. Amamos á esa Niña preciosa, á esa Virgen sin pecado, á esa Reina, á esa Madre la más tierna y amorosa de todas las madres; es, después de Dios, nuestra esperanza y el suavísimo consuelo en nuestras desgracias, el remedio de todos nuestros males, y después de Dios es todo nuestro bien. Y Dios la ha exaltado sobre todas las demás criaturas; el que es omnipotente y cuyo nombre es santo, hace alarde, si así pudiéramos decirlo, de las grandezas que ha obrado en esta su amadísima criatura, y de

la magnificencia de la gloria que le ha comunicado; pues la dignidad de María es infinita, por el bien infinito que es Dios.

En Dios no hay potencia pasiva, sino activa é infinita; porque la esencia divina por la cual obra, es infinita; y la virtud de obrar se identifica con ella, porque es acto puro y simplicísimo; y esa virtud todo lo alcanza, es omnipotente.

Dios de nadie recibe; porque es el Bien Sumo, y El es quien comunica á las criaturas todos los bienes que tienen. Y es Dios el soberano Señor del cielo y de la tierra; y todo lo dispone según el consejo de su santa voluntad.

En Dios sería un defecto la potencia pasiva; y en El no hay sino perfección altísima y sagrada. En las criaturas la potencia pasiva las hace capaces de recibir los dones de Dios; y por eso la vemos como nuestra dicha. Dad y se os dará, decía nuestro Maestro divino; se os dará una medida buena, apretada y que se derrame (1). Si presentamos al Señor nuestro corazón como un vaso pequeño á fin de recibir sus divinas gracias, éstas no serán tan abundantes como lo fueran, si le presentásemos un corazón dilatado y lleno de fe y de una confianza muy firme.

Al referir lo anterior á la Madre purísima de Dios, la vemos enriquecida con todos los tesoros de la gracia; bellísima y sin defecto alguno; y con una perfección que le es enteramente propia. Su dignidad es infinita; Dios ha puesto en sus manos

(1) Luc., VI, 38.

cuanto tiene, sus más ricos tesoros: su Verbo divino, á quien le dió por Hijo; su divino Espíritu, de quien es María la inmaculada y sacrosanta esposa.

La mano del Señor no se ha abreviado al enriquecer con sus preciosos dones á la muy amada de su corazón, á la que es, entre todas las criaturas, la preferida de su amor. Brilla, por tanto, el alma de María, con la luz de una pureza sin mancha; con los encantos de la inocencia original, y los dulces atractivos de la mansedumbre y la humildad. Su corazón dulcísimo fué formado para ser el asilo de los hombres en todos sus peligros, y darles alivio y consuelo en todas sus desgracias; y es todo bondad y clemencia, fuente inagotable de piedad y gracia y océano de las misericordias del Altísimo. En ese corazón que Dios ha dilatado casi sin medida, su Majestad tiene atesoradas todas sus riquezas, que el mismo Dios nos comunica por medio de María. Hallamos entre esos tesoros la omnipotencia de los ruegos de la Madre inmaculada del Eterno. Todo lo puede con sus humildes plegarias; y cuando ruega por nosotros, Dios condesciende con Ella; y María saca de su propio corazón las gracias que necesitamos y que Dios había depositado en él; y ese corazón dulcísimo queda descargado como de un peso de amor; y rebosa de inefable dicha, pues ha socorrido y consolado á los que ama, á nosotros que tan indignos somos de su maternal cariño.

Si Dios no hubiera puesto en manos de María ese poder que todo lo alcanza, ¿llegaríamos á sus santísimos pies tan llenos de confianza como lo

hacemos, ó serían nuestras plegarias tan ardientes, á fin de conseguir su intercesión? La tibieza y el descuido entrarían en nuestras almas. Mas todo lo puede con Dios nuestro Señor; y su corazón de Madre piensa en nosotros, y nos ama con invencible y singular cariño.

Bendita sea la omnipotencia del Eterno que nos hace descansar tan dulcemente en brazos de su santa Madre; nadie turbará nuestro reposo; todo lo alcanza con sus ruegos; y el amor que nos tiene no la deja olvidarse de nosotros.

Nuestros pecados, es verdad, nos llenan de temor; pues por ellos merecemos los eternos castigos; mas ¿cómo no volver nuestros ojos á María, pidiéndole que ruegue por nosotros, y nos alcance el dolor de nuestras culpas y la gracia del perdón?

Esa Madre no sabe alejarse de sus hijos: quien ama siempre está cerca de su amado, y piensa en él y lo socorre en todas sus miserias. Somos grandes pecadores, y hemos resistido, una y otra vez, á las inspiraciones de la gracia; mas ésta nos sigue llamando con una bondad y una constancia que no podemos comprender. Esta gracia llega á nosotros por manos de María, que se halla sentada á nuestras puertas esperando que le abramos, y nos dice con maternal y cadenciosa voz: Yo estoy á la puerta de vuestro corazón, y estoy tocando: si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo (1). Abramos todo nuestro corazón, y entre esta Vir-

(1) Apoc., III, 20.

gen dulcísima á reinar en él, y cierre Ella misma la puerta á fin de evitar que penetre en el santuario de María algún afecto menos digno del amor que debemos á una Madre tan santa, á quien entonces podremos decir: Mi amada para mí, y yo para mi amada.

II

Grande es el consuelo que sentimos los miserables pecadores, al pensar que María todo lo alcanza con sus ruegos, y que Dios jamás desechará las peticiones de su dulce Madre.

María es omnipotente en sus plegarias, decimos una y otra vez; y jamás la abandona el poder que Dios le ha dado; y por doquiera que camina, siempre lo hace con la majestad y la grandeza de una Reina que visita sus dominios, y que va dejando á su paso señaladas pruebas de su liberal magnificencia. Sin duda alguna, siempre tendrá que suceder lo que decimos, si esa Reina une al esplendor de la grandeza, la bondad del corazón; de otra suerte, será respetada y temida, mas no contará con el corazón de sus vasallos; y el brillo de la real magnificencia de María, en ese caso tendría que alejar á los miserables que sólo se alientan con la benignidad y la misericordia. Mas la que es perfectísima entre todas las criaturas, une á la grandeza la bondad, y al poder que Dios le ha dado, el corazón más tierno y compasivo que puede tener una madre.

La bondad y compasión de María: pensamos en

ellas un instante; recordamos las misericordias de que ha usado para con nosotros, y las divinas gracias que hemos recibido por sus manos; y nuestros ojos se llenan de lágrimas. Es el amor que le tenemos, es la gratitud por sus favores; son, en fin, los más dulces sentimientos, los que han conmovido todo nuestro ser, los que han llenado de lágrimas los ojos. ¡Oh, si el corazón pudiera decirle cuánto la ama; si muriera rendido á sus pies virginales, cuánto sería su ventura! María contempla con mirada clarísima la bondad infinita de Dios que se derrama sin cesar en beneficios sobre los hombres. Dios quiere que todos se salven; y por esto les franquea los espléndidos tesoros de su gracia; sufre con muchísima paciencia sus delitos, y los cuida con amorosa y delicada providencia. Ante tales maravillas del amor divino, y al descubrir los encantos de la voluntad de Dios tan inclinada á favorecernos con sus gracias, María eleva sus plegarias al Altísimo, y le pide que nos salve por su gran misericordia; y Dios le dice, lleno de benignidad y de clemencia: Suene tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce. La voz que pide el perdón para los miserables pecadores, que se dirige con tanta humildad al corazón de Dios, es dulcísima, y habrá de conseguir cuanto pidiere.

María jamás habrá de pedir lo que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios. ¿Qué es lo que pide la Virgen sacrosanta, á quien llamamos Refugio de los pecadores? Misericordia y perdón. Y Dios quiere conceder misericordia, y nos ofrece el perdón de nuestras culpas.

¿Habrá palabras más dulces al corazón de Dios, que las que le dice su amadísima Niña, pidiéndole gracia para los culpables? Al verla delante de sus ojos, el Señor le pregunta: ¿Qué petición es la tuya, y qué quieres que te conceda? Aunque pidieras la mitad de mi reino, la alcanzarás. Y María, como Ester lo hizo con Asuero, le contesta: Mi petición y mis ruegos son los siguientes: si yo he hallado gracia delante de Ti, y si es de tu agrado, salva la vida de mi pueblo, de mis hermanos, y la de mis hijos en favor de los cuales imploro tu clemencia (1).—Asuero libró del exterminio al pueblo judío por los ruegos de Ester; y Dios perdona nuestras culpas por intercesión de María, que todo lo alcanza. Nadie podrá comparar la indulgencia de un hombre miserable con la bondad infinita del Eterno. Ni habrá quien parangone el amor de Asuero á su esposa, con el de Dios á la Virgen sacrosanta en quien tiene sus delicias.

Te daré la mitad de mi reino, dijo Asuero á su querida Ester; y Dios nuestro Señor, no solamente ha ofrecido á María la mitad de su reino, sino que lo ha dividido con Ella. Dios se ha reservado el imperio de la justicia, porque es el Juez soberano de vivos y muertos; y ha concedido á María el de la misericordia; porque ésta quiere que se ruegue por los miserables; y para este oficio de piedad y gracia, para este imperio de la misericordia del Eterno, su Majestad ha escogido á María.

(1) VII, 2, 3.

Elevada por Dios al trono de la misericordia, la dulcísima Señora que es el Refugio de los pecadores, atraerá sobre éstos todas las gracias de la bondad divina. La Reina de la misericordia, en virtud del poder que Dios le ha dado, se acerca al altar de oro, de la reconciliación humana,—dice San Pedro Damiano,—*non solum rogans, sed impetrans, Domina, non ancilla* (1). Expresiones son éstas que nos revelan cuánto es el poder de los ruegos de María y la grandeza de su imperio en la dispensación de las misericordias del Señor.—Bendito sea el que ha exaltado con tanta magnificencia el poder de María. Ciñó la frente virginal de su muy amada Niña con riquísima corona; y puso en sus manos el cetro del imperio, para que mande como Reina, en los vastos dominios de la misericordia. Así lo quiso Dios, y nadie puede oponerse á su santa voluntad; y esta voluntad quiere siempre nuestro bien.

Si María tuviese atadas las manos, ¿qué haría con tantas gracias como son las que ha recibido del Señor? Porque Dios no ha puesto en Ella solamente las que quiso señalarle como su propia herencia, sino también las que el mundo había de recibir, mediante su amable y poderosa intercesión. No, Dios no ha ligado las manos de María, esas manos de las cuales se dice en la Escritura santa, que destilan mirra, y sus dedos están llenos de mirra escogidísima, porque, inflamada en el celo de las almas, y llena de la suavidad del

(1) Serm. 1, de Nat.

Espíritu Santo, comunica á los hombres las gracias que de Dios recibe (1).

La pena y el tormento que padece una madre que á sus hijos contempla en la desgracia, en la miseria, son indecibles; y si esta madre es dichosísima y vive en la opulencia, los sufrimientos de sus hijos serán para ella un cáliz de amargura, que tendrá que apurar hasta las heces, si le fuere imposible remediar aquellos males. Nada de esto podemos decir de nuestra tierna y compasiva Madre; porque Dios no acerca á los labios de su amada Niña el cáliz del dolor; que antes bien la inunda en un torrente de suavísimas delicias; y entre éstas se halla la dispensación de la divina gracia que pasa por sus manos virginales y llega hasta nosotros cual lluvia bienhechora.

Hay entre la omnipotencia de Dios y la misericordia de la Virgen santísima, una correspondencia admirable y una armonía encantadora. Dios, al hablar del poder de su gloria, nos dice lo siguiente: No daré á otro mi gloria.... Yo soy el primero y soy también el último. Mi mano fundó la tierra, y mi diestra midió los cielos; los llamaré, y juntos vendrán á presentármese.—Sin embargo de esto, pone Dios en manos de María un poder maravilloso, una virtud que todo lo alcanza, la cubre de gloria; y al obrar de esta manera, en nada contradice á sus palabras. En efecto, la Virgen santísima no ignora que las gracias y prerrogativas que tanto la exaltan sobre las demás criaturas, vienen de

(1) Cant. V, 5, menoch, malvenda.

Dios, y á Dios se han de elevar en cánticos de amor y bendición; y así lo practica la divina Madre, que no vive para sí misma, sino sólo para Dios. Desde su Concepción inmaculada empezó á caminar por la senda de todas las virtudes, y glorificó al Señor como no lo hará jamás otra criatura. Dios, pues, al poner en manos de María una virtud excelentísima, y al dar á sus plegarias una eficacia siempre victoriosa, ha obrado por su propia gloria.

María consigue cuanto quiere con sus ruegos; y por esto la llamamos la omnipotencia suplicante; y al decirlo, nos palpita de gozo el corazón; y no es tan sólo por la propia dicha; es, sobre todo, por la dicha, por la grandeza y la gloria de esa Madre purísima y santa, á quien amamos más que nuestra vida.

Admiramos el poder que tienen ante Dios los ruegos de María. El Señor le ha dado una virtud cuya eficacia no podemos comprender; y sin embargo, esa virtud no es la mayor de las grandezas, ni la más preciosa dádiva con que el Eterno se ha dignado enriquecerla: ha puesto en manos de María, además de la virtud de la plegaria, al que es su brazo, su virtud omnipotente, su Verbo divino; y por El, delante de María se humillan los cielos y la tierra; y todas las criaturas, rendidas á sus pies, esperan sus mandatos. ¿Por quién es esto? Ya lo hemos dicho: por el Verbo de Dios, que quiso ser su Hijo, á quien el Padre celestial constituyó heredero de todas las cosas, y por El crió los siglos. Ese Hijo, siendo como es el resplandor de la glo-

ria del Padre y su imagen substancial, todo lo sostiene con su virtud omnipotente, y está sentado á la diestra de la Majestad en lo más elevado de los cielos.

Hemos recordado estas palabras que Asuero dirigió á su esposa: Pide cuanto quieras. María es también la esposa de Dios, inmaculada y santísima, y preferida á sus demás esposas. Dios, pues, le dirige aquellas palabras que le dan seguridad de alcanzar cuanto pidiere. Busquemos ahora, entre las preciosas virtudes de María, cuál fué la que inclinó al Señor á concederle tanta virtud y eficacia en las plegarias que le dirigiera su muy querida esposa.

Hay, entre las virtudes de María, una que trata de ocultar á los ojos de los hombres, su celestial belleza, que se cubre con un velo, y vive escondida en el seno de Dios; pero si acaso alguna vez llegamos á verla, no será teniendo ceñida la frente con imperial diadema, ni llevando en su mano el cetro del poder; mas, por lo contrario, su vestido será el de una esclava á quien nadie conoce, ni quiere ser conocida.—Esa virtud, bien lo sabemos, es la humildad, que siempre vivió con María, que era la vida de esta santa Niña, y la dirigía en todas sus acciones.

Dios, á quien nada se oculta, contempló con agrado todos los encantos de esa virtud tan hermosa; y por ella exaltó á María sobre las demás criaturas, y la cubrió de gloria, y puso en las manos de la que á sus propios ojos era nada, su virtud omnipotente, su Verbo divino.

Dios todo lo ejecuta con una fortaleza que nadie puede quebrantar, y con una suavidad que apenas deja sentir la operación de su divina gracia; por esto dió á las plegarias de María tan admirable eficacia. El corazón de esta Virgen es la misma dulzura; su espíritu es más dulce que la miel, y su herencia más suave que el panal; y Dios la enriqueció con ese corazón tan lleno de amabilidad y de clemencia, porque la había destinado para Refugio de los pecadores.— Los pecadores se han constituido por la culpa enemigos de Dios, han provocado su terrible indignación, y han merecido los eternos castigos de la divina justicia. ¿Tendrán aliento para abrir sus labios y pedir misericordia? Y al oír las tremendas amenazas de Dios nuestro Señor contra los culpables, ¿no intentarán alejarse de su presencia divina? No deben hacerlo, porque es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo; y no solamente aguarda, sino que llama á los pecadores á la penitencia. Si á pesar de todo temen acercarse al que ha de ser su Juez, y quieren huir de su presencia, saldrá á su encuentro la que es el Refugio de los pecadores, que no tendrá que juzgarlos, y en quien siempre hallarán compasión y clemencia.— Es santísima, y la primera entre todas las criaturas en virtud y gracia, mas no es sino criatura y en su frente no brilla el fulgor de la divinidad que hace temblar á los culpables. Es criatura, es nuestra hermana, tierna y cariñosa cual otra ninguna; y sabe inspirar á sus hermanos una confianza muy grande; porque los ama con ardiente y delicado

amor, y se interesa por ellos, y todo lo alcanza con sus ruegos.

Si somos miserables pecadores, si nuestra frente se cubre de vergüenza al recordar las culpas que hemos cometido contra Dios, no por esto disminuye la confianza que tenemos en María; porque es el Refugio de los pecadores; y al derramar en el seno de esta dulcísima Señora nuestro llanto, sabrá consolarnos como tierna madre. Su seno es un inviolable asilo á donde no llegan los rayos vengadores de la justicia del cielo, porque Dios la ama; y María, con sus ardientes ruegos, aplaca las iras del Eterno y aleja de nosotros sus castigos.

No habrá quien nos arranque de ese asilo de virtud y gracia, del seno maternal de nuestra amada Reina, que es poderosísima, y es terrible á las potestades infernales, como un ejército en orden de batalla (1).

No será Dios nuestro Señor quien nos separe del seno de María, porque El nos dió ese asilo, ese universal refugio donde hallan remedio los culpables.

Refugio universal hemos llamado á nuestra dulce Madre, porque no hay aflicción que no consuele, ni desgracia alguna que no pueda convertir en nuestro bien; y aun de nuestras faltas sacará para nosotros el remedio, inspirándonos por ellas la humildad más profunda y el dolor más sincero y constante. ¿Dejaríamos de humillarnos hasta la nada que somos, si, al acudir á María, pensamos

(1) Cant. VI, 9.

un instante en su santísima pureza; y volviendo en seguida los ojos á nuestra conciencia, nos vemos cubiertos con la asquerosa lepra del pecado? —Y lloramos con amargura indecible nuestras faltas; porque Dios, por su bondad infinita, por la sangre de su Hijo, y por los ardientes ruegos de María, en vez de castigarnos, perdona sus ofensas.

Por lo demás, según el pensamiento del gran Bernardo, nadie más útil para nosotros que María, puesta por Dios entre Jesucristo y los pecadores, como medianera poderosa y compasiva; porque nadie ha entrado como Ella en los designios de la misericordia del Señor sobre la salud eterna de los hombres; y, después del Hijo de Dios, nadie nos ama como Ella.

Los designios de la gran misericordia del Señor. Entregó á la muerte á su Hijo muy amado, á fin de darnos vida eterna. ¿Se unirá María á esos amorosísimos designios, y hará por su parte lo que hiciere el Padre celestial? Sí lo hará, y tendrá que presentarse en el Calvario, y ofrecerá la vida de su Hijo muy amado por la salud del mundo.

No hay que pedir otra cosa á nuestra tierna Madre, ya que nos ha dado cuanto tiene, al consentir en el sacrificio de Jesús, al entregarlo por nosotros á la muerte; y sin embargo, á fin de atraernos al servicio de Dios, se nos presenta llena de amabilidad y de dulzura, y nunca descubriremos en su frente el más ligero ceño de la indignación y la dureza; porque es amabilísima, es la misma dulzura; y su corazón immaculado es fuente inagotable de bondad y gracia.

Oh amable y segurísimo Refugio de los pecadores, tened compasión de los que á Vos recurrimos llenos de humildad y de confianza; alcanzadnos el perdón de nuestras culpas y reconciliadnos con Dios nuestro Señor. Rogadle una y otra vez; rogadle siempre por nosotros. El quiere que á Vos recurramos, y quiere dispensarnos sus divinas gracias mediante vuestra intercesión poderosísima. Todo lo podéis con el Señor; y vuestra piedad de madre os está diciendo que roguéis por vuestros hijos. Acordaos, oh dulce María, que la conversión de los pecadores alegra el Empireo y glorifica la bondad de Dios. El amor que tenéis á esa bondad amabilísima, y el deseo de la eterna salud de nuestras almas os obligan á pedir por nosotros. No recordéis nuestras maldades, sino únicamente la pasión y muerte de Jesús y vuestros santísimos dolores; y por estos dolores, y por la sangre y la muerte del Hijo de Dios, alcanzadnos el perdón de nuestras culpas.—Refugio de los pecadores, rogad por nosotros.

